

A DIEZ Y CUATRO MILLAS DEL  
CABO CARVOEIRO

( CUENTO )

Navegaríamos a doce nudos o así, catados a ojo, sin ayuda de la corredera, cuando cerró la noche. Bajé del puente y me tumbé en la Cámara a sosegar, pero poco duró la holganza pues los maquinistas encendieron la luz y se pusieron a rajar como bachilleres a voz en grito. "Rediez", dije, con los párpados aún tendidos de soñera, "iros a hablar a vuestra p... casa"; el repostero, que era bellaco y sisón, amén de cartagenero, volvióse para ocultar el cachondeo que le entró, pero los maquinistas me contemplaron con desdén. "No es este lugar para dormir; esto es la Cámara y las Ordenanzas dicen que sirve a los Oficiales de mis Ejércitos para su solaz en asuetos del Servicio...". "Qué Servicio ni qué p..."; me levanté, y como de costumbre, tropecé con la cabeza en el mamparo, retirándola con dolor; así, entre el pitorreo y regodeo de los maquinistas, salí de la Cámara con mi cachaza a cuestras, y me metí en el camarote. Eché el portillo y el ciego, tapé al perro con un sudadero que me servía de edredón, y rezando el Ave María me cogió el sueño y me quedé roque sin más.

Cuando el repostero me despertó, eché un ajo y miré la hora; las cuatro menos diez. ¡Maldita sea mi estampa, malage, qué vida tan perra!, con lo ricamente que yacía amodorrado entre sábanas, y ahora a entrar de guardia otra vez. No sé quien me metió a marino, yo que soy castellano viejo... Mientras me calzaba los calcetines, solté unas maldiciones destempladas, y viéndome en el espejo con la color demudada, la pelambrea desordenada y la faz ruín, se me escapó una víbora de sólo recordar a las niñas bobas que cuando le hesan a uno le dicen: "Si yo hubiera sido hombre, hubiera sido marinero..."

Al subir a cubierta, el Contramaestre se me acercó a quejarse del Condestable que no se duchaba nunca y olía muy mal. Yo no estaba de temple para donaires y le mandé a paseo a él y a los pies atufados

del Condestable. Luego me arrepentí y le invité a medio vasito de coñac.

El barco trepidaba entre piernas, como una yegua galana con paso de ambladura, igual que la alazana de mi casa de Covarrubias, igualito que ella. De vez en cuando la proa se apartaba de las Tres Marías, que ganaban el horizonte, pero se enderezaba al gobierno de la popa luego. Por arriba de la cabeza, el Universo entero, volteador y radiante, centelleaba en el cielo. De la banda de Estribor, la brisa, en extremo delicada, traía un regusto agridulce de trigos recién aventados, y el relente arreciaba más que en noches pasadas.

Así que llegué al puente, se me acercó el Oficial saliente; era un jovencito enjuto de carnes, con voz afeminada, pelo bermejo y manos nacaradas y endebles de cortesana. No llevaba ni un mes de antigüedad en el barco y ya se enojaba cuando le reprendía por chinche y déspota con los subalternos. A mí, la verdad, me parecía desde el primer momento un alfeñique de esos que le apartan a uno del toro diciendo "dejarme solo" y después dan una espantada, dejando la lidia sin gobierno. Me solía tratar con deferencia, pero conuntuosidad y zalamería que me encoraban; la verdad es que no era santo de mi devoción, a pesar de pasar por protegido del Comandante de no sé qué barco de la Escuadra.

—“¿Hay novedad?”. —“No, nada de particular”. —“¿Dónde estamos?”. —“Al 10 verdadero y cuatro millas de Cabo Carvoeiro”. —“¿Has marcado farolas?”. —“No, por estima”. —“¿Por qué no has tomado un par de marcaciones?”. —“Psché... no soy tan minucioso y detallista como vosotros. Cuando no hace falta no hace falta. No hay corriente, ni viento, y la estima tiene que estar bien. Perdéis el tiempo comprobando y comprobando; es como el papeleo: pon que mando una instancia al Ministro, por ejemplo; tú le pones el sello de la Segunda Comandancia y un anexo, el Comandante otro...”. —“Será si está de buenas, que si le da la venada...”, le dije para tirarle de la lengua, y como era ppanatas y mansurrón, se ensañó con el viejo de a bordo, y lo desolló vivo. —“Bueno, calla ya de murmurar”, le dije seco y con cara de pocos amigos. —“¿Por qué me pinchas para que hable mal del viejo si luego te molesta?”. —“Para mandarte callar. ¿No te has dado cuenta todavía que puedes pedir cuando gustes otro barco?”. Al muchacho se le fué un color y se le vino otro y balbuceó que le habían embarcado forzoso y no voluntario. Se quedó tan embarazado que a mí me remordió la conciencia y cambié de conversación.

—“¿Velocidad?”. —“12,5 nudos”. —“¿Rumbo?”. —“270”. Salimos fuera de la caseta de derrota. —“Aquella farola por la amura de estribor será entonces Estribela, ¿eh?”. —“Claro, sin duda”. —“No se

ve la silueta de la tierra”. —“No, no se ve; el orto de luna es más tarde”. De pronto, sin saber porqué, di un grito. —“Trae el cuaderno de Faros, guardabanderas”. El Oficial saliente hizo un mohín de suficiencia, y yo busqué precipitadamente Estribela “Dos segundos de luz, cinco de ocultación...”, ya ni siquiera recuerdo las características. Levanté la mirada a la farola, y comencé a llevar la cuenta de sus destellos, batiendo los segundos con el dedo sobre la regla. —“Vamos... son ganas de perder el tiempo...”. —“¡¡Calla!! ¡¡Esa farola no es Estribela!! Algo raro pasa aquí...”.

En ese instante sonaron las cuatro campanadas de la hora. —“Te digo que no pasa nada raro; no le busques tres pies al gato. Está todo en orden. Me voy abajo”. —“Vete. Entro de guardia, ¡¡Timone!! ¡¡Toda la caña a babor!!”. La rueda giró entera, y la aguja del compás comenzó a moverse; no había caído el barco apenas a babor, cuando el serviola gritó desde la cofa: “¡¡Rompietas a Estribor. Por allí, mi oficial...!!”. No se veía nada, nada de nada. —“Que enciendan el proyector inmediatamente”, ordené, y a poco, la luz salió como un chorro de llamas, iluminando a estribor agua, agua y nada más que agua. —“¡¡Recorre el horizonte!!, ordené al electricista, y apenas orientó el reflector más hacia popa, sacó de la oscuridad bruscamente una Isla siniestra, inmóvil, amenazadora y lívida. —“De haber navegado media milla más al rumbo de antes, nos clavamos en ella”, dije entre dientes. Hubo un silencio agobiante, y noté que el Oficial saliente, el mequetrefe pelirrojo, respiraba históricamente como si le hubiera dado un parálisis, o se le hubieran reblandido los sesos. —“¿Estás todavía ahí?”. Silencio; semejava agarrado o pasmado como un pelele. Por fin dijo: —“Oye, Zúñiga”. —“¿Qué?”. —“¿Qué va a pasar ahora?”. —“Un par de años en un castillo. No te vendrán mal”. —“Entonces... ¿habrá Consejo de Guerra? ¿Y se enterarán mi padre y mi madre?”. —“Anda, vete a dormir, anda, déjame en paz de lloriqueos”.

Quedé solo en el puente, y después de enderezar el gobierno me atizé un vaso de coñac que me calentó la caldera levantando la presión que andaba menguada; el pulso se aceleró, me sequé el sudor frío que aún quedaba, y me dije a mí mismo: “De buena nos hemos salvado, Fernando”. Encendí un cigarrillo, saqué el sextante, y me pasé la guardia observando alturas de estrellas. No hubo más novedad, a Dios gracias.

El Comandante me llamó la mañana siguiente. —“Zúñiga me dijo ¿hubo alguna novedad ayer noche?; a eso de las cuatro me despertó un cambio de rumbo violento. ¿Qué pasó?”. No vacilé. —“Mi Comandante, un pesquero sin lucés que venía a rumbo de colisión; hubo que maniobrarle”. El viejo asintió y dijo: —“Esos pesqueros son te-

ribles. Son terribles”. —“Sí, señor, son terribles”. —“Imprudentes”. —“Sí, señor, imprudentes”. —“A propósito, Zúñiga, quiero hablarle de algo reservado. He observado que a bordo de este barco no se da el compañerismo en gran cantidad. Por ejemplo, Meneses es un Oficial novato y usted, Zúñiga, es demasiado duro con él. Es buen navegador, y todos tenemos defectos”. —“Sí, señor”. —“Y si le trata usted, verá que a pesar del pelo rojo, no tiene mal carácter el chico”. —“No, señor”. —“El compañerismo es la primera virtud militar. Trate de inculcarla a sus subordinados. Recuerdo que una vez, siendo Comandante del “Reina Regente” don...”. —“Sí, señor; sí, señor; sí, señor”. El viejo terminó su rollo con expresión satisfecha; los ojos le brillaban de ternura y acariciaba al gato con delicadeza femenina. Estaba contento de sí mismo y de la vida en general; aquella letra picuda y morena, escrita sobre un papel perfumado, le amansaba y tornaba en Ursulina. Así era nuestro viejo de sentimental y enamorado.

Al bajar a la Cámara, Meneses me miró angustiado. —“¿Qué?” —“Que escribas en el cuaderno de Bitácora que ayer a las cuatro se metió toda a babor por una imprudencia temeraria...”. Meneses se quedó lívido. —“¿Tengo que poner que la imprudencia temeraria fué mia?”. Yo le dejé agonizar un par de segundos; el Camareta cantaba una tonadilla de Alicante; los ojos canicientos de Meneses se apagaron con el pánico. Entonces le dije simplemente: —“La imprudencia temeraria fué del pesquero que tuvimos que maniobrar. ¿Comprendes?”

